

El niño que dibujaba sonrisas

De pronto escuché la voz de mi hijo, el cual venía hacia donde yo estaba y de un momento a otro vi cómo se desplomaba a tan solo un metro de mí. Vi cómo su pequeña vida se desvanecía poco a poco, a la cual no le quedaba mucho. Fui en dirección a él, yendo más veloz que la bala que le acababa de atravesar la espalda, sin preocuparme si me podría pasar lo mismo que a él. Lo único que quería era que él siguiera vivo aunque me costara la vida.

Cuando llegué vi cómo el mundo se me echó encima al ver que ya no respiraba, al pensar en esos ojos azules que nunca volvería a ver, en su sonrisa, la cual me daba esperanza cada mañana para seguir adelante y no caerme en una inmensa oscuridad. En ese mismo instante, vi pasar nuestras vidas y lo que, a lo mejor, en un futuro podría haber pasado.

Empecé a notar cómo mis lágrimas bajaban poco a poco por mis mejillas frías y llenas de dolor. No me quedaba nadie, estaba sola. Todo el mundo se había ido: mis padres, mi marido, y hace tan solo un segundo, mi hijo.

Lo cogí en brazos y me dirigí hacia mi casa, o más bien lo que quedaba de ella. Fui hacia el jardín donde él solía jugar, solo con ver ese columpio donde pasábamos horas enteras jugando, ese tobogán que chirriaba al montarse y ese árbol que siempre escalaba o al menos, lo intentaba.

Vi cómo solo hace unas horas él estaba aquí conmigo, riendo a carcajadas, aunque no estuviésemos pasando por un buen momento. Él era mi vida, mi razón de vivir. Cogí una pala y lo dejé suavemente a mi lado derecho mientras excavaba poco a poco un hoyo, justo enfrente del árbol que plantaron mis padres cuando se conocieron. Cuanta más tierra excavaba más pensamientos de odio y de sed de venganza me corrían por las venas: Pero esos pensamientos se fueron al girarme hacia el lado donde yacía el cuerpo de mi hijo frío y pálido, y pensé que a él no le hubiera gustado verme así, y continúe. Cuando acabé, no me veía capaz de dejarlo ir, porque enterrarlo sería un recuerdo de que él ya no volvería jamás y de tener que afrontarlo todo. Antes de enterrarlo, lo cogí por última vez y acaricié sus rizos color

oro. Tenía la espalda manchada de un rojo carmesí y su expresión era de melancolía, pero a la vez de paz. Paz, de ya no sufrir más, de no tener que esconderse de nadie ni de nada. Y lo dejé marchar.

Al día siguiente decidí marcharme porque yo allí ya no hacía nada. Lo único que me lo impedía era el cuerpo enterrado de mi hijo. Pero yo también tenía que seguir adelante y rehacer mi vida o, al menos, buscar un sitio mejor donde vivir. Me fui a dormir porque saldría al alba.

Me desperté y me dirigí hacia un campamento de una ONG que nos proporcionaba comida. Me dieron dos latas de judías, una botella de agua y un trozo de pan, ya que no había mucho más. Me dirigí hacia la estación de Lviv desde Velyki Hai, en Ucrania. Fue un día y medio horrible. Tuve que ir andando y solo tenía dos latas de judías y un trozo de pan para comer.

Todo me recordaba a él: el sol amarillo como sus rizos, el cielo azul como sus ojos... Hubo un momento en que vi a dos personas vestidas de militar y mi sangre se congeló al instante. Solo pensaba en que quería seguir hacia la libertad.

Por suerte, me fui cuando tuve la oportunidad y no me vieron. El resto del día se hizo muy pesado y largo pero por fin llegué. Estuve seis horas esperando en la cola hasta que me diesen los tiques para poder embarcar rumbo a Polonia. A mi alrededor solo veía tristeza, dolor y melancolía. En sus ojos podía ver todo el daño que les habían hecho y todo lo que les habían quitado o a quién les habían quitado.

Lo primero que pensé fue: ¿por qué? ¿Por qué hemos tenido que sufrir de esa manera? ¿Qué hemos hecho? Y cuando menos me lo esperaba, la voz de una mujer me dijo que ya podía pasar. Cogí los tiques y me fui al andén cinco. Al sentarme en el tren, justo delante de mí, había un niño pequeño. Eso fue un puñal para mi corazón, el cual no estaba recuperado desde la muerte de mi hijo. Ese niño cuando se reía tenía magia en su mirada, en su sonrisa, en él en general. Era lo que necesitaba para ver que de todo se sale, y más cuando uno cree en sí mismo o en sí misma.